

jor, desde que los hubo, que los de otras naciones cultas, sin excluir la cultísima Francia. Las leyes los infamaban sin razón, es cierto, pero las costumbres templaban en gran parte ó casi anulaban al rigor legal; y en tanto, lejos de arrojarlos de su gremio la Iglesia, negándoles hasta la sepultura, como sucedía en París con el gran *Molière*, y como hasta en nuestros días ha acontecido á otros compatriotas suyos, con escándalo del mundo civilizado, sinó los panteones de los reyes como á *Garrick* y otros actores ingleses, se franquearon los de grandes y nobilísimos señores, en esta nación católica por excelencia, al buen *Lope de Rueda* y á otros. Pero aun así, gozaban los comediantes españoles, como clase, de escasa consideración, pues desde la primera autoridad civil hasta el último de sus esbirros podían vejarnos, multarnos y prenderlos sin mas ley que su antojo, y esta falta de independencia y de respetabilidad colectiva, hubo de ser uno de los mayores obstáculos para el lustre y crédito de la profesion. La profesion misma estuvo una y otra vez amenazada de muerte por teólogos cavilosos, aunque quizá bien intencionados, que ya que nunca lograron abolir de todo punto el teatro, pudieron suspenderlo por largas temporadas, algunas de muchos años, y siempre tuvieron suspendida sobre este arte asendereado la espada de Damócles.

Relaciones sobrado familiares entre los mosqueteros y los actores. Que así eran, ya lo demuestran los versos poco há transcritos, pero aun citaremos otros del mismo verídico autor del *Viaje entretenido*, que lo pondrán mas de manifiesto.

Ya arguye desde luego poca dignidad de parte de los cómicos la misma práctica constante de inaugurar cada compañía en cada teatro las funciones que había de ejecutar en él, con una loa en que procuraba captarse la benevolencia, ó al menos desarmar la ira de la insubordinada y agresiva multitud. Tan humillante sacrificio, no ya del artista, sino del individuo voluntariamente sometido á semejante tribunal, es un oprobio que en mal hora pesó y nunca debería volver á pesar sobre los actores, por mas que toda la culpa no fuese suya, sino tambien de los gobiernos que lo consintieron. Ha de tenerse entendido que en aquellos groseros intróitos no siempre se adulaba bajamente al mosqueterismo; pues, por el contrario, mas de una vez se le colmaba de graves dicitos y no venia-

les injurias. Rojas declaró en una ocasión desear á sus oyentes:

« Una tos que los ahogue,
Una mujer que los pele,
Y una sarnaza perruna
Que les dure ochenta meses. »

Otra vez, despues de referirles el cuento de un labriego que con alas postizas quiso volar, y como por su necia temeridad fuese segunda burlesca edicion de *Factonte*, y exclamase que hubiera, sin duda, volado á no faltarle la cola, se expresa en estos términos dirigiéndose al patio:

« Bien podré decir ahora
Que entre muchos que aquí hablan,
Hay algunos á quien sobra
Lo que al labrador faltaba, etc. »

El populacho, de suyo honachon para quien le trata con cierta llaneza, si ya ha cobrado sobre él algun ascendiente, sufría por lo visto con seráfica paciencia y hasta aplaudía con candorosas risotadas tales insultos, pues á no ser así, hubiera desde el primero escarmentado al *loista* para que no le quedase gana de reincidir; pero se reservaba el derecho de continuar ejerciendo su omnimoda soberanía, silbando á diestro y siniestro, y aun haciendo retirar á tronzazos al actor ó actriz que no era de su superior agrado, erigiéndose en juez caprichoso de ellos y de ellas; no solo en lo relativo á su profesion, sino á su vida y costumbres y hasta á su figura buena ó mala. En las dichas loas, y no eran mas pulcras las de otros autores, se embutian toda suerte de baratijas históricas, mitológicas y metafísicas, con tal licencia y con tan buena eleccion, que asunto fué de una de ellas la apología del *cerdo*: perdone y pásmese el lector; y por colmo de abnegación, por no decir de cinica desvergüenza, contaban los recitantes sus propias culpas, flaquezas, miserias y adversidades. Por una de esas introducciones rimadas sabemos de la propia boca del tantas veces citado *Agustín de Rojas*, que fué estudiante, soldado, galeote, escribiente, paje, lacayo y hasta pícaro de marca antes de parar en comediante, en cuya profesion, ya de por sí aventurera, ne le cupo una existencia menos aventurera y aventurada. Lo que él no dice, pero de su ameno libro se infiere, es que fué hombre de talento no vulgar, muy dado á la lectura, como lo muestra la grande erudicion de que hace gala, no siempre con oportunidad: que su estilo,

aunque á veces sentencioso en demasia, es agradable y desembarazado, su dición correcta y fácil, y que en su versificación, aunque desigual y con tendencia á prosaismo, hay algunos trozos que le acreditan de poeta no mediano.

Queda demostrado que faltaba á la generalidad de los autores en la época á que nos referimos aquella dignidad personal de que un artista no puede eximirse si aspira á no ser vulgar y adocenado; y pues algunos se ponian á sí mismos en escena del modo que hemos visto y lo consentian sus compañeros, todos incurrian á sabiendas en la misma nota.

Carencia de una acertada direccion de escena, etc. Ni acertada ni errada se puede decir que entonces la hubiese. El jefe de cada compañía en lo artistico como en lo gubernativo y económica era el *autor*, que con algun fundamento pudo llamarse así mientras compuso comedias ó remendó las de otros, pero con harta impropiedad ha conservado hasta hace pocos años el mismo nombre, pues nada escribía ni inventaba. No obstante, por algun lado le cuadraba el título, porque *autor* es de una compañía el que la forma, y á veces poco masque de la nada; pero aquel nobilísimo empleo viniendo á menos de año en año, ha quedado ya reducido, aunque con la misma pomposa denominación, á una especie de ayudante de campo de las empresas, con puntas de mayordomo y ribetes de inspector, que los descansa en lo mas mecánico y chinchorro del negocio, y suele tambien representarlas ante las autoridades cuando se teme de ellas alguna fraterna ó hay que pedirles la condenación de alguna multa. Tambien suelen ser ellos los que á telon corrido ó entretelon y cándelejas anuncian al público de viva voz los pereances imprevisos que no ha habido tiempo de anunciar en los carteles, y las mutilaciones y variantes que ha sido preciso improvisar en la anunciada funcion. Ahora bien, la falta de constante y seguro domicilio que affligió á las compañías de comediantes por espacio de mas de un siglo; primero porque no existia para ninguna, y despues porque á manera de arcaduces de noria vivian en continuo movimiento, pues salian hoy de un teatro que apenas habian calentado para mal vivir en otro algunas semanas, y en otro y otro hasta correrlos todos; lo reducido de los escenarios, que en su mala construcción corrian parejas con el resto de los pseudo-teatros, y á los cuales abo-

caban en aposentos ó sillas algunos espectadores, amen del magistrado que presidía, y que allí mismo tenia su silla, que probablemente no sería curul, y sin contar la orquesta tambien situada en el tablado, y que por cierto se rudecía á un par de guitarras, tañidas sabe Dios cómo, el escaso número de mal pintados telones que fuesen á propósito ó no lo fuesen, servian, porque así se lo mandaban, para la multitud de mutaciones que exige nuestro antiguo teatro; igual penuria é impropiedad en muebles y acompañamientos; el ningun estudio que se ponía en vestir cada figurado personaje como reclamaba la época y condicion en que vivieron real ó ficticiamente; tantas circunstancias negativas, sin otras que luego apuntaremos, nos persuaden, no solo de que no hubo ni á principios del siglo XVII ni mucho tiempo despues verdadera direccion de escena, sino de que era materialmente imposible que la hubiese.

Multitud de representaciones privadas con el nombre de particulares. Como ya hemos dicho que la afición á la comedias era desmedida, no contentos los pudientes con asistir á las funciones de los corrales, llamaban á sus casas á los actores para que trabajasen en ellas. Con qué medios y de qué manera, ya se deja entender, pues como aquellos señores solo iban á satisfacer un capricho pasajero, no habian de alzar de la noche á la mañana un teatro con todos sus menesteres. Y notemos de paso que mientras en general el alto clero se mostraba tan hostil como podia á autores y comediantes, de curas y frailes se componía la mayor y mejor parte de nuestros escritores dramáticos; y todo fraile que podia frecuentaba los corrales, faltase ó no á la regla de la órden, hasta que se emplearon medidas muy severas para que se retirasen á ser menos mundanos; y entendiéndose (esto es lo mas curioso) que no pocos de los dichos *particulares* tenian lugar en los mismos conventos; y no solo en los de frailes, sino tambien en los de monjas. ¡Qué vasto campo de importantes reflexiones para los políticos y los filósofos! Por lo que atañe al arte de la declamación, nadie desconocerá que semejantes excursiones no hubieron de favorecer mucho su desarrollo y perfeccionamiento, si bien los actores aumentaban con ellas los medios de proveer honradamente á su manutención, proporcionando á los mas sobresalientes útiles relaciones de que para su

fama ó para su peculio sabian sacar partido.

Autos sacramentales. Sabido es que se efectuaban en plazas ó calles públicas, sobre carros que llevaban de acá para allá al tablado y á los representantes, que eran los mismos de los corrales; que la declamacion, sobre enfática por excelencia, porque los argumentos de aquellos dramas lo requerian, habia de ser á grito herido para que desde sus balcones la oyese los Consejos ante quienes, uno despues de otro, se repetia la funcion, y desde otros balcones, ó ventanas ó tejados, ó desde la santa calle, la apiñada y devota multitud, que no por solazarse, y de lo lindo, con la tarasca y los gigantones y las danzas y mogigangas y vejigazos que amenizaban la fiesta, quedaba menos edificada, pensando piadosamente, con los misterios á cuya representacion asistia... ¿Y el arte?... Dios guarde á usted muchos años.

Falta de crítica literaria. No hay noticia de que nadie cultivase en regla y de intento este ramo del saber humano, que tan útil es á los progresos del mismo cuando no degenera en personal y virulenta sátira. Tal cual epigrama mas ó menos sangriento, con que á veces se escopeteaban los autores entre sí, tal cual soneto ó madrigal apologético, ya de un escritor á otro, su compadre, ya de un barbilindo á la actriz de su predileccion: á esto se reducía la crítica sobre literatura en aquellos benditos tiempos. Si en ellos hubiera existido el periodismo, él la hubiera ejercido, ora bien, ora mal, ora medianamente, como hoy acontece, y no hubieran faltado ni materiales ni plumas para la terrible *gaceta*, que ya ha venido á ser la parte mas interesante, aunque peligrosa, de nuestros diarios; tan empachados están de la alta política, y de las mútuas recriminaciones, y del ministerialismo, y de la oposicion, y de partidos, y clubs, y coaliciones..., en fin, de toda esa monserga que á otros gusta y aprovecha, los muchos millones de españoles que, cansados de experimentos y vicisitudes y trastornos, solo piden paz y gobierno, vengán de quien vinieren. Además, la crítica con aplicacion al teatro, y á la declamacion sobre todo, tiene que ser continua si ha de producir algun resultado: lo de el llanto sobre el difunto le viene de molde, porque las impresiones que deja cada representacion de estreno son hartofugitivas, especialmente cuando abundan como tanto abundaban entonces los dramas nue-

vos. Solo, pues, la prensa periódica puede seguir la pista de artes que tan velozmente caminan, y como sabido es que en tiempo de Lope y Calderon ni aun se soñaba por acá en imprimir periódicos, ni políticos, ni artísticos, ni literarios, á excepcion de la *Gaceta* de Madrid, que no se metía en tales dibujos, disculpados quedan por ende nuestros mayores si unos no emplearon y á otros no pudo aprovechar tan poderoso estímulo para alentar y premiar á los buenos artistas, y para corregir á los malos. Esto, en cuanto á la comedia puesta en accion, que por lo que respecta al arte de escribirla, tampoco le hubiera dañado la pública discusion, siendo cortés, discreta y razonada.

Indole especial de la literatura dramática de aquella época. Llegamos á la última en el órden que hemos establecido, pero á la primera en importancia de las causas á que atribuimos los progresos sobrado lentos de la *declamacion* en nuestro pais. El drama español, ó por decirlo mejor, la comedia española, que con este nombre se distinguen todas las obras dramáticas que ligeramente vamos á examinar, ¿era bastante á propósito para que al interpretarla mostrasen y luciesen los actores su talento imitativo? No por cierto. Somos los primeros en reconocer y admirar las altas dotes de los insignes poetas que en el siglo de los Felipes cultivaron el poema escénico: no somos ciegos sectarios de su escuela, pero confesamos de buen grado que los vicios inherentes á ella están compensados con bellezas de primer órden en no pocas de las comedias que escribieron: mas diremos; los materiales de mejor ley para el buen drama con todas las condiciones de tal, filosóficas y literarias, no escasean en aquel copioso repertorio; en otras de suma irregularidad suélen hallarse escenas, ya en el género sério, ya en el festivo, con tal naturalidad dialogadas, y con afectos y costumbres tan convenientes á cada interlocutor, que el mismo puritanismo de *Moratin* nada hubiera hallado que reprender en ellas; comedias enteras merecieron ser imitadas, y algunas casi literalmente traducidas por un *Corneille*, por un *Molière*, sin contar las muchas que plagiaron otros autores franceses de segundo órden, cuando ya el teatro de aquella nacion blasonaba, no sin justicia, bajo el concepto del decoro y de la verosimilitud, de haber llegado á un grado de perfeccion de que otros distaban mucho todavia. Pero estas gloriosas excepciones, ¿qué dicen en favor del

verdadero objeto del arte dramático, cuando contamos á millares las comedias en que sus autores lo perdieron enteramente de vista, obedeciendo mas de lo justo á los arranques de su lozana y harto libre imaginacion? Aun cuando en el fondo acertaban, y esto no de ordinario les acontecia, con la artística imitacion de la verdad, bien en los incidentes, bien en los caracteres, bien en el diálogo, lo amanerado y conceptuoso del estilo, la incuria en el lenguaje, la excesiva redundancia en unos casos, y en otros la oscuridad ó la anfibología, malograban sus mas felices inspiraciones. Es muy comun en los momentos mas peligrosos, mas terribles, el emplear los personajes de aquellos dramas agudezas impertinentes, discusiones académicas y retruécanos pueriles. En situaciones no menos interesantes se ve la accion paralizada por diálogos sempiternos, en que una esgrima acompasada de antitesis inoportunas y otras sutilezas escolásticas hace ver que los interlocutores no están afectados de los sentimientos que la accion reclama y el poeta les atribuye, ni de otro que no sea el de lucir fuera de sazón un ingenio de que en muchos casos ni aun pueden verosimilmente estar dotados. Pase en una égloga lo de *amant alterna Camena*, pero pocas veces podrá convenir al drama, y esas con mucha sobriedad. Tambien llega á ser muy reprehensible en el referido teatro el abuso de los *apartes*, no solo de unos personajes para con otros, sino de uno mismo, que incesantemente, y tambien á veces con estudiada alternativa, habla con los demás que actúan en la escena y con su conciencia, ó su dolor, ó su ira, ó su amor, ó su honra. Las costumbres históricas ó contemporáneas pocas veces están de acuerdo con la época y nacion á que se refieren. Griegos, ó romanos, ó persas, ó escitas antiguos; franceses, ó italianos, ó polacos ó ingleses modernos; todos, y especialmente los primeros galanes y las primeras damas, tienen cierto barniz de actualidad española. Esta misma actualidad estamos persuadidos á que solo en algunos rasgos, aunque de los mas característicos, se pinta fielmente en nuestras comedias de capa y espada; á saber: en el delicado y suspicaz pundonor de los caballeros, en ser qadivosos, hospitalarios, fieles á su palabra, muy dados á pendencias y galanteos, y si se quiere hasta en tratar con sobrada familiaridad á sus criados, compensada en ocasiones con pun-

tapiés y cintarazos. Por lo demás, no es fácil de creer que á las damas castellanas de aquellos tiempos se las educase, y sin excepcion, con tan exquisito esmero que pudiesen victoriosamente ergotizar con los mas estirados escolares de Salamanca. Mucho es y ha sido siempre el innato ingenio, y mucha la peregrina gracia de nuestras amabilísimas compatriotas, pero no sabemos que otros testimonios mas fehacientes confirmen los de los poetas en punto á si se cuidaba antaño mas que ogaño de fortalecer y pulir con el estudio tan felices dotes naturales. Por otra parte, si hubiéramos de dar entero crédito á nuestros antiguos dramáticos, habríamos de sacar en consecuencia que en nada pensaban los padres menos que en criar á sus hijas con púnica modestia y cristiano recogimiento, algo mas útiles y recomendables para las doncellas que el título de marisabidillas. En las comedias á que aludimos, son poco menos raras que el ave Fénix las damas que en ausencia de padres ó hermanos no abran á sus galanes, no solo las puertas, sino hasta los balcones; y no contentas con esto, ó por necesidad, ó por zelos, ó por mero capricho, los citan al Prado de San Jerónimo, á casa de una amiga, á la iglesia, á donde pueden, ó se quitan de cuentos y los persiguen en sus propias posadas, sin otra precaucion que un velo poco fiel á la consigna, y una criada no menos requerida y emprendedora que su ama respectiva.

Que algo de lo arriba dicho hubo entonces de suceder, como ahora sucede y eternamente sucederá, no pretendemos negarlo; pero hacer regla general de una excepcion, y poco laudable, es demasiada licencia poética. Hay que agradecer, sin embargo, á la mayor parte de aquellos ingenios, que escaseasen ejemplos de los resultados graves y de bulto á que tales aventuras eran harto ocasionadas, pero de todos modos no eran muy edificantes, que digamos, sus lecciones, y excusamos detenernos en probarlo. ¿Y cómo es que aquellos padres eran tan ciegos ó tan poco vigilantes que así se la pegaban siempre sus hijas? Verdad es que tal incumbencia es mas propia de las madres; pero apenas se halla una ni para un remedio en el inmenso archivo de nuestras comedias *famosas*. ¿Por qué? ¿Eran acaso viudos todos aquellos buenos señores? Esto ya es menos que inverosímil; es increíble. A un amigo y compañero nuestro, muy versado en todo género de literatura, y especialmente en la dramática, hemos

oido aventurar la especie de que, sin duda por ser tanta la respetabilidad del carácter de madre, se abstuvieron nuestros antepasados de sacarlo á las tablas ni para bueno ni para malo; pero replicaremos que, en nuestro humilde dictámen, harto mas se ofendia á las matronas castellanas con eliminarlas de la escena; pues esto argüia, ó que nada importaban en la familia, con ser parte en ella tan integrante y de tal valia, ó que en general eran culpables de punible abandono en la educacion de sus hijas, si no de complicidad en sus arriesgadas galanterías. Lo contrario no parece mas probable. Padres y madres, estas sobre todo, debieron de celar con nimio rigor la honra de sus hijas, que era la suya propia; la familia hubo de ser en aquella era un santuario donde no era lícito penetrar á la juventud masculina de la nobleza contemporánea, que es la que juega en el teatro de Calderon, Moreto, Rojas, etc.; juventud aventurera, muy dada á la carrera militar, y por consiguiente tan desenfadada y libertina por lo menos como la de nuestros dias; no existia la *tertulia*, que mas tarde nos importaron los franceses, y de los mismos escritores citados sabemos que, fuera de los espectáculos, y á falta de cafés y casinos, los puntos de reunion de aquellos hidalgos eran las casas de juego ó el mentidero de las gradas de San Felipe. Por tanto, los poetas, ó formaron una sociedad ficticia para su uso particular, ó conociéndola imperfectamente, solo quisieron pintarnos algunas de sus fases, ó mas bien algunas de sus aberraciones, las que mas se prestasen á satisfacer su inclinacion y la del público á lo enmarañado y novelesco de las fábulas dramáticas. Del manoseado precepto *aut prodesse volunt, aut delectare poeta*, solo en lo segundo ponian especialísimo conato, dejando el *prodesse* en todos conceptos al púlpito y al confesonario. Pecando, pues, en todos sentidos contra la verosimilitud la pluralidad de las comedias que recitaban, faltando además en nuestro antiguo caudal dramático la filosófica representacion de muchos caracteres, y hasta de clases enteras, los cómicos, á quienes se pide, no solo la verosimilitud, sino la verdad misma en el ejercicio de su profesion, poco pudieron realmente sobresalir en ella, pues como los autores solian hablar mas á la fantasia que á la razon, hasta imposible habia de ser á veces á aquellos el poner en consonancia sus gestos y ademanes con el texto que reproducian.

Hubo, no obstante, aplausos sin cuento y merecida celebridad para aquellos comediantes, especialmente desde que andando el siglo XVII y con la decidida proteccion de Felipe IV, prosperaron los teatros de España cuanto cabia en la creciente decadencia del Estado; y las compañías, no ya tan desprovistas de los necesarios pertrechos, llegaron á ser en Madrid mas numerosas y escogidas, siquiera porque con frecuencia trabajaban en el suntuoso aunque privado coliseo del Buen Retiro. ¡Alcanzaban los actores tan satisfactorio galardón de sus tareas porque interpretaban con la posible exactitud los conceptos de los poetas; ó no obstante lo poco que estos atendian á que siempre estuviesen en perfecta consonancia los versos con las ideas, y las ideas con los caracteres y las situaciones, y estas con el todo de la ficcion dramática, corregian á fuerza de arte en la voz y en la gesticulacion tan graves faltas? A lo primero nos atenemos, porque lo segundo rara vez seria factible y muchas absurdo, y porque es de suponer que impregnados del espíritu de la época, tambien los actores propendiesen mas á lo fantástico que á lo verdadero, mas á deslumbrar que á persuadir, mas á halagar el oído y la vista que á cautivar el corazón de los espectadores. Por eso el vestir, ya que no con propiedad, con todo el lujo que sus medios y los de sus protectores permitian, emulando unos con otros, las actrices especialmente, en gala y bizzarria, que asi consta haberlo hecho á porfia desde mediados del siglo á que nos referimos; por eso la buena figura, cierta elegancia convencional en las modales, algo de rigida majestad en ocasiones y de garbosa desenvoltura en otras para estar en la escena ó para andar por ella, sano pulmon, voz simpática y sonora y un tono agradablemente cadencioso en la recitacion, fueron sin duda requisitos de que en menor ó mayor grado no podian carecer damas y galanes, por lo mismo que no se les podia otros, aunque en este punto fuese el auditorio menos exigente con barbas y graciosos y demás partes subalternas. Diremos de paso que algunas de las cualidades que acabamos de apuntar, y especialmente las de buena voz y agradable figura, nunca se debieran dispensar á los actores, y aun menos á las actrices, cualesquiera que sean su categoria y su especialidad; porque lo ridiculo y deforme se puede figurar; pero no así como quiera se estira lo menguado, se rejuvenece lo viejo, se hermosea lo feo, ni

se ennoblece lo ruin: lo mas que puede conseguir un artista de sumo talento es que el público le disimule tales defectos, si los compensa con otras prendas de mucho relieve, pero no que del todo los olvide; pues el diálogo mismo con harta frecuencia los denuncia evidenciando lo mal que concuerda la copia con el original. Que en las enunciadas exterioridades venia fundándose el mérito principal de nuestros comediantes, y así continuó aun despues de la radical revolucion que obró Maiquez en el arte de la escena, lo pueden aun atestiguar, no solo los ancianos, sino muchos que todavia no lo son aunque andan cerca de serlo y en cuyo número ¡ay! nos contamos. Actores y actrices hemos conocido, y muy estimables por cierto, que aunque capaces sin duda de brillar en mejor escuela, nunca quisieron desposeerse de la tradicional en que se educaron, y como de ellos se dijese que *cortaban bien el verso y pisaban bien las tablas*, á poco mas se limitaba su ambicion artística. Por lo mismo, preferian al moderno el teatro antiguo, que se prestaba mucho mas á su amanerada canturia; canturia que no acertaban á desechar ni aun en la prosa, cuando se veian precisados á trabajar en dramas de fecha mas reciente.

En resumen, creemos que á la sazón no fué la declamacion lo que siempre debe ser, porque no recaia sobre dramas en que debida y cumplidamente se pudiese ejercer, y por las demás razones que hemos expuesto, pero fué todo lo que pudo ser atendidos los elementos con que contaba; esto es, una especie de gimnástica agradable acompañada de una manera de decir que por la uniformidad de las inflexiones y cadencia hubiera podido pautarse como el canto llano, pero grata al oído, y muy adecuada al estilo floridamente enfático y poético en demasia de las escenas á que se aplicaba. Los poetas tuvieron ciertamente en aquellos comediantes los intérpretes que mas convenia á la índole y estructura de aquellas comedias. No dudamos tampoco que cuando algunos actores tropezaron con rasgos de verdadero sentimiento, con pinceladas de enérgica verdad en la pintura de costumbres, se penetrasen de ello y supiesen comunicarlo al público, hasta donde los resabios adquiridos lo consintiesen, y aun á veces olvidándolos sin querer ellos mismos; pero estos no eran mas que preludios del arte verdadero que aun no existia ni podia existir, destellos de inspiracion artistica que

casi podrian reputarse defectos dentro del sistema halagüeño, pero falso, que prevalecia. En las escenas, ó mas bien en las disputas amatorias de que tanto abundan los aludidos poemas dramáticos, rayarian con frecuencia en la perfeccion, y no lejos de ella estarian en las polémicas caballerosas que acababan de ordinario, sino principiaban, arguyéndose á cuchilladas; pero ni aun tales lances eran en la comedia muy conformes generalmente con lo que pasa en el mundo, y es consiguiente que tampoco podian serlo en la representacion. De todos modos, hasta para la verosimilitud relativa á que se aspiraba en las funciones de teatro debió de perjudicar al conjunto de las compañías lo poco que solian cuidarse los poetas de que todos los personajes fuesen lo que cada uno debiera ser en su esfera: sabido es que de ordinario todo lo sacrificaban al lucimiento de los dos ó tres papeles; el galán, la dama, el gracioso, á veces el barba; pero en tal caso con detrimento de alguna de las otras partes principales. Ingenios, y no vulgares, que en nuestros dias hagan otro tanto, no faltan; pero esto nunca merecerá nuestra humilde aprobacion. Mereció la del público español el sistema mimico declamatorio de que dejamos hecha mencion, ni mas ni menos que la literatura de que era intérprete; no porque la generalidad de los espectadores tuviese aptitud para dar su valor verdadero á la apenas interrumpida contienda de argucias y silogismos, prenda capital de los diálogos que oia; pues al contrario, presumimos que de tales primores poco ó nada sacarian en limpio los mosqueteros; sino porque los alardes de ingenio, siquiera estriben en vanas y pueriles sutilezas, y no decimos que eso se observe siempre en nuestro teatro antiguo, tienen en todo tiempo el privilegio de cautivar la atencion y captarse la benevolencia y aun la admiracion de la multitud. Ahora mismo lo estamos viendo todos los dias: suelen hacer poca ó ninguna sensacion los mas delicados rasgos de pasion, de talento, de agudeza, si se expresan con la sencillez y claridad que constituye una gran parte de su mérito; y un pensamiento falso, extravagante, paradójico, una cláusula empedrada de vocablos ampulosos y figuras estrambóticas, pero vacias de sentido, rara vez dejan de hacer fortuna: la hace siempre cualquiera latinajo, aunque de mil espectadores solo dos docenas sepan lo que significa. Además, ¿no eran hartos incentivos para los que asistian á los corrales la

infinidad de lances y peripecias que prestan tanta animacion á las comedias consabidas, el sumo conato que sus autores ponian siempre en ensalzar todo lo que era español, los chistes del obligado gracioso, que aunque no todos oportunos ni de recibo, siempre fueron el mas sabroso manjar para el patio y la cazuela; aquel lenguaje, si á veces incorrecto y alambicado, siempre decente, pulcro y urbano, y por fin tanta poesia allí á granel derramada?

Otra prueba de que la escuela de declamacion española, á pesar de su evidente é inevitable imperfeccion, no carecia de atractivos, nos la suministra el diligente don Casiano Pellicer cuando en su apreciable tratado sobre el *Origen y progresos de la comedia y del histrionismo en España* nos dice que de continuo ejercian con aplauso su profesion en Italia comediantes españoles; lo cual no es muy de admirar dominando en aquella hermosa península, donde no las armas y el derecho de la corona de Castilla, por lo menos su grande influencia; pero Pellicer añade que tambien viajaban y no en balde á la nacion francesa nuestros espectáculos teatrales, y entre otros testimonios de esta satisfactoria verdad aduce el de haber seguido á la infanta doña Maria Teresa de Austria, hija de Felipe IV, la compañía de Sebastian de Prado, cuando aquella augusta señora se casó con el monarca francés Luis XIV. Allí permanecieron algunos años nuestros cómicos representando ante aquella ilustrada corte con la aceptacion que naturalmente se infiere de haber regresado á Madrid Sebastian de Prado, no solo cargado de aplausos, sino de regalos, de modo que llegó á juntar gran caudal de dinero y alhajas. Es de advertir que por faltar á la compañía española el mas importante de sus miembros, pues dice de Prado el referido autor que fué de los mas famosos, hábiles y virtuosos comediantes del siglo XVII; que su elegante figura, su pericia cómica, sus honrados proceder y buenas costumbres le adquirieron la admiracion y el aplauso comun, que señores y señoras se esmeraban en regalarle, etc., etc.; es de advertir, repetimos, que la ausencia de actor tan célebre y aventajado, no impidió que nuestras comedias continuasen representándose en Paris, pues consta que Francisca Beson, actriz no menos notable que formó parte de la citada expedicion en calidad de primera dama, actuó como tal por espacio de once años en la capital de Francia de donde volvió á esta

coronada villa cargada de aplausos, de alhajas, de años y de achaques.

Por mucho que influyesen en tales laureos y crecidas remuneraciones los respetos y la proteccion de la mencionada reina y la galanteria de la corte francesa, debieron de ser nada vulgares la gracia y la pericia de los actores españoles para sostener honrosamente tan larga competencia con los de Paris, que para su lucimiento disponian de obras mas á propósito, por estar escritas con la regularidad é intencion moral que faltaban á la mayor parte de las nuestras.

Hemos omitido franca y lealmente nuestra opinion sobre el estado del arte en aquel interesante período; opinion que no pretendemos dar por infalible, aunque hemos procurado mostrar que es fundada; pero antes de pasar adelante en nuestras investigaciones dejaremos consignado, con presencia de los datos que los ya citados autores y otros nos suministran, que si hubo actores de uno y otro sexo no exentos de los deslices á que su género de vida fué siempre y entonces mas que nunca ocasionado, otros y otras dieron ejemplo de virtudes, tanto mas meritorias cuanto que todo en torno suyo conspiraba á hacerlas difíciles en extremo. El mismo Sebastian de Prado, que mientras permaneció en las tablas se hizo, como hemos dicho, no menos plausible por su buena conducta que por su habilidad, se retiró del teatro para tomar el hábito en uno de los conventos de esta corte. Cristóbal Santiago Ortiz, famoso actor y autor de compañía, fué tambien un modelo de cordura y moralidad. El mismo pidió al gobierno saludables providencias que, purgando á las compañías de la chusma introducida en ellas, especialmente en las de la legua, librasen á los artistas honrados y laboriosos de las censuras y persecuciones que afligian á justos y pecadores. El nos dice que, sin duda por ser tantas y tan poco tangibles atendida su constante movilidad, se acogia á las compañías mucha gente de mal vivir, huida de la justicia, incluso frailes y clérigos fugitivos y apóstatas de sus hábitos, siendo las mujeres que llevaban consigo la capa con que se cubrian y disimulaban todos. Si hubo una Maria Navas sobrado correntona y ariscada; si hubo una Maria de Heredia encerrada en la galera por escandalosa, si alguna mas lo mereció; de Clara Camacho, de Damiana Lopez, de Mariana Romero y de otras varias solo méritos y alabanzas se cuentan como actrices y como mujeres: su

retiro fué el claustro, como lo fué para la famosa Maria Calderon, amiga de Felipe IV y madre del segundo don Juan de Austria. No fué mepos célebre como histrionisa y como mujer galante, ni menos ejemplar en su muerte la muy nombrada Francisca Baltasara, que de repente hizo alto en la espléndida carrera de sus triunfos y se despidió de las pompas y vanidades del mundo para hacer vida de anacoreta en un santuario á media legua de Cartagena, donde dicese que murió en olor de santidad. Tan grande fué su celebridad, que á poco de muerta, y cuando aun la sobrevivía su marido Miguel Ruiz, gracioso de la compañía de Heredia donde ambos trabajaron, se hizo de su vida y milagros una famosa comedia intitulada *La Baltasara*. Es de lo mas disparatado que se ha escrito, aunque por plumas de tanto prez como las de Velez de Guevara, Coello y Rojas; pero sin duda hubo de ser bastante singular y dramática la verdadera biografia de la heroína, cuando tan de cerca le siguió aquel ruidoso testimonio de fama póstuma, que por cierto valió á sus compañeros de profesion cuantiosas utilidades. Observemos, entre paréntesis, que pudo tambien dar margen á esta especie de apoteosis la circunstancia de haber representado *la Baltasara* muchos papeles de hombre; y no así como quiera, sino de hombre de pelo en pecho. Dice de ella Pellicer: *Era la Baltasara primera dama, y no solo desempeñaba este papel con perfeccion, sino que era muy aplaudida en la ejecucion de otros papeles en que, vestida de hombre, hacia de valiente montando á caballo, haciendo guapezas é intimando retos y desafíos*. Bien es verdad que en eso de galanear la imitaron muchas actrices de su tiempo, progreso notable de la libertad histriónica, que puso de tan mal humor á los teólogos como los bailes sobrado libres con que se amenizaban las funciones teatrales. No hacia un siglo que solo los muchachos eran en el tablado insípidos representantes del bello sexo, y vueltas las tornas, ya las damas vestian con gentil desenfadado ropillas y gregüescos, ceñian espada y calzaban espuela. ¿Era por falta de galanes? No por cierto, sino por dar una salsilla apetitosa á los espectáculos, como seria de inferir aun sin el testimonio del buen Cristóbal Santiago Ortiz, arriba mencionado. Excusamos advertir que con tan ameno recurso pudieron ganar mas que sin él las compañías; pero el arte, maldita de Dios la cosa.

Hasta aquí hemos visto, desmintiendo al autor de *Gil Blas*, sea quien fuere y á otros Zoilos de la época, que el histrionismo español no fué ni con mucho tan pecador como se ha pretendido, y aun si no temiéramos alagar mucho esta disertacion, que ya no es breve, nos seria fácil probar que, habida consideracion á los peligros y tentaciones de que entones estaba rodeado, excedió en sus individuos la suma de las virtudes á la de los vicios. Ahora diremos tambien en honor de esta clase, que no siempre hacia su recluta entre gente vaga, ignorante y mal entretenida: apellidos ilustres suenan en ella desde muy á los principios; caballeros muy calificados se dieron á la farándula, ó por irresistible aflicion á ella, ó por amores con cómicas *in facie ecclesie* santificados; y no faltaron damas verdaderas que cediendo á su vocacion pudieron sobre la escena imitar sin esfuerzo el cultivado ingenio y los donosos melindres de las damas de Calderon. De instruccion y talento cupo tambien razonable dosis á los comediantes que conmemoramos. Consta que muchos de ellos compusieron comedias, y otros en mayor número se dedicaron á escribir loas, entremeses, y otras farsas de poca importancia, pero que suponian en sus autores algun ingenio y una regular educacion. Sin los ya anteriormente nombrados, como Juan de la Encina, Lope de Rueda, Naharro el de Toledo y el celeberrimo Agustin de Rojas, figuran con honra en el catálogo de escritores dramáticos españoles los comediantes Villegas, Cisneros, Tomás de Fuente, Morales, Correa, Grajales, Claramonte y otros de que se conservan estimables producciones; y aunque no hayan llegado á nosotros las de Velazquez, Angulo, Gabriel Torres, Zurita, Mesa, Ruiz Avendaño, Sanchez, Vergara, Castro y algunos mas, el dicho Rojas no les escasea los encomios. Es de recelar que algunos de los últimos, y otros que ni aun por su nombre son conocidos, antes fuesen malos remendones y plagiarios descarados que verdaderos autores, pues de semejantes falsificaciones y contrabandos ya se quejaron los que fueron sus victimas, y en un romance satírico de la época se atestigua esta verdad, si bien con versos tan deplorables como los siguientes:

De esto no tiene la culpa,
Sino aquel que va engañado
Juzgando es comedia nueva,
Y le dan liebre por gato;
Que al que ha leído comedias

No es muy facil engañarlo,
Aunque los titulos muden
Con arenga en el tablado.»

Para concluir satisfactoriamente esta ligera revista personal de nuestros actores del XVII siglo consignaremos aquí con mucho gusto que uno de ellos, *Damian Arias de Peñafiel*, fué tan excelente mímico y declamador que *los mas afamados oradores de la córte* (predicadores, por supuesto), *concurrían con frecuencia á oírle para aprender á hablar y accionar con perfeccion*. No deslindaremos con nimia escrupulosidad, que á algunos pudiera parecer mal intencionada, hasta qué punto puedan y deban ser análogas las dotes de un buen actor y las de un buen orador, ni si puede su asimilacion traer el inconveniente de dar cómicos al púlpito y predicadores á la escena; pues aunque algo de esto pudo suceder, no es lícito desvirtuar con cavilosas interpretaciones un hecho averiguado, que ciertamente no hubiera tenido lugar á haber sido Peñafiel un comediante de tres al cuarto. Consta que el príncipe de la oratoria Ciceron no desdeñó las lecciones de Roscio y de Esopo, celeberrimos comediantes de su tiempo, y hasta ahora nadie ha acusado de farsante al autor de las *Catilinarias* ni de predicadores gerundianos á sus maestros de declamacion.

Habiendo, pues, demostrado que entre los principales de nuestros antiguos comediantes abundaron las cualidades y condiciones que el buen desempeño de su arte requeria, no fué en verdad culpa suya, sino de las varias causas que dejamos enumeradas, lo mucho que aquella en su tiempo y muchos años despues distó de la perfeccion á que en el nuestro ha llegado.

¿Qué diremos ahora del largo período que siguió al que acabamos de recorrer? Lo que fué en él nuestra historia literaria y la lamentable de nuestros coliseos en lo material, uno y otro ya expuesto en este escrito, nos obligan á pasar casi por alto fastos tan infelices. Con la decadencia de la monarquía, que por todas partes desfallecia y se desmoronaba, alcanzó á las letras desde poco después de la muerte de Felipe IV la postracion general de que parecia vivo representante el último monarca español de la dinastia austriaca. Aunque sobrado aprensivo, sobre achacoso y débil, no fué enemigo del teatro Carlos II, pero su agonioso reinado era, segun las ideas dominantes, mas cortado para rogativas, exorcismos y

autos de fé, que para alardes de ingenio, y espectáculos y regocijos. Con Calderon, el mas sobresaliente y el mas longevo, el Aquiles y el Nestor al mismo tiempo de aquella luminosa constelacion de autores dramáticos, espiró, así puede decirse, la Talia española. El siglo XVIII se inauguró con una larga y obstinada guerra, la de sucesion, que vino á ser civil para España, porque en sus campos, como de costumbre, se libraron las batallas que habian de decidir intereses europeos ligados con los nuestros. Mientras duró aquella calamidad, ó estuvieron cerrados los teatros, ó apenas dieron señal de vida. Venció la casa de Borbon, que aun felizmente reina. Su primer agosto representante en el trono de San Fernando, el animoso é ilustrado Felipe V, que fundó y dotó espléndidamente la Biblioteca Nacional y la Academia Española, no se manifestó tan aficionado á nuestro teatro como hubiera sido de desear, sin duda porque la alta política, que tanto dió que hacer á sus ministros, de buen ó mal grado llamó tambien preferentemente la atencion de S. M.; el cual por otra parte fué muy casero, digámoslo así, en sus placeres y diversiones, y en punto á espectáculos, preferia los líricos, y esos en el Buen-Retiro. En su glorioso sucesor, el señor don Fernando VI, aun fué mas marcada la filarmónica, y tambien en la reina doña Bárbara, tanto, que llegó á ser su favorito, ó poco menos el famosa *Farinelli*, músico de gran mérito, director y actor de la ópera italiana, á quien esta última condicion no sirvió de obstáculo para ser nombrado caballero del hábito de Santiago. Con mas gusto citariamos esta notable distincion, si hubiera recaído en un artista español; pero es justo confesar que el agraciado se hizo en todos conceptos digno de ella, pues modelo de modestia y desinterés, supo conducirse con singular cordura en terreno tan resbaladizo y posicion tan tentadora, no queriendo nunca salir de su esfera, único medio de conservarse bien quisto en la córte. Como quiera, este fué un auténtico testimonio de que la condicion social de los actores en España nunca fué tan injustamente vejada y abatida como en otras naciones. Hasta el siglo XV fué proscrita la clase, es verdad, pero solo *pro formula*, porque en realidad no existia; á luego de constituida, el gobierno la miró con benevolencia, aunque de reojo la curia; mas adelante fueron sus individuos objeto de toda clase de atenciones y agasajos por parte de los grandes y del

toda persona de valia; visiblemente fueron ganando luego en consideracion por las leyes y por las costumbres, pública y privadamente; y por último, cuando el gobierno constitucional los igualó en derechos á los demás ciudadanos, ya la opinion general estaba perfectamente de acuerdo con este acto de justicia.

Mas atendida fué la escena española en el memorable reinado de Carlos III que en los dos anteriores. Bastante hicieron por mejorarlos en todos sentidos el conde de Aranda y el marqués de Grimaldi. Por entonces dejaron siquiera de ser corrales; pero ni hubo bastantes elementos literarios y artísticos para realizar en ellos una reforma radical, ni aun los que habia se prestaron el mútuo auxilio que habian menester. La nueva escuela dramática, estas, la francesa, que como ya lo hemos indicado mas de una vez, se acomodaba mas al ejercicio de la verdadera declamacion teatral, no habia echado aun raices en nuestro suelo; aun componian en gran parte el caudal de nuestras compañías las comedias de Lope, Calderon, Moreto, Rojas, Montalvan, etc.; pero no habia escritores que lo renovasen, ni por lo visto actores que con su habilidad lo rejuveneciesen; ni ya dejaria de chocar algun tanto con los hábitos, ideas y gustos de un siglo tan diferente al anterior bajo cualquier aspecto que se le considere. El filosofismo de los enciclopedistas pugnaba en vano por penetrar en la Península; todavia no madura para tanto, y con perdon de aquellos señores, tampoco sus elucubraciones han dado frutos muy opimos á la escena; si se exceptúan algunas tragedias de *Voltaire*; pero en su lugar nos favoreció mas de lo conveniente el suporífero sentimentalismo de que fueron dignos intérpretes los escritores de municion, tan victoriosa como merecidamente vapulados por Moratin. Así, pues, sin detenernos mas en este período, que puede llamarse de transicion, y calificariamos de completamente estéril si con lentitud, y casi sin designio, no se hubiera en él incubado otra era harto mas gloriosa para el teatro español, diremos que no faltaron esfuerzos aislados mas ó menos meritorios para sacarlo de su crónico marasmo, ni actores de justa nombradía en uno y otro sexo; en el bello especialmente, que suministró á la escena tres notabilidades á cual mas extraordinarias, una en cada tercio del siglo; á saber: en el primero, *Petronila Sibaja*, idolo de Madrid por su hermosura,

su talento y sus gracias; en el segundo *Maria Ladvenant*, que sin ceder á su antecesora ni en el mérito personal ni en el artístico, se hizo tambien admirar por sus virtudes, y cuya muerte á la temprana edad de veinte y cuatro años, fué universalmente llorada; *Rita Luna*, en el tercero, de cuya voz simpática, exquisita sensibilidad, inteligencia y amor al arte, se hacen lenguas todavia las pocas personas provecas que alcanzaron sus últimos triunfos teatrales, tanto mas legítimos y plausibles por la escasa cooperacion que en la generalidad de sus rutinarios compañeros pudo hallar, y por el atraso de que aun adolecia *in utroque* la escena española. Fué por cierto muy de sentir que siendo contemporánea de *Isidoro Maiquez*, nunca hubiese representado con él, por circunstancias que sin duda no dependieron del uno ni del otro. Pasemos ahora á hablar de aquel ilustre actor, que tal nombre merece, no solo por lo mucho que él valió, sino por la grande influencia que tuvo en que el arte que profesó con tanto ardor y perseverancia llegase en nuestra patria á su mayor altura.

Para el mejor desempeño de esta parte, no la menos grata de nuestra tarea, seguiremos, aunque abreviando en lo posible la jornada, á nuestro erudito y apreciable amigo el señor don José de la Revilla en su *Vida artística de don Isidoro Maiquez*, impresa por Burgos en 1845. Admirador de Maiquez el señor Revilla, á quien conoció y trató, aunque por la diferencia de la edad hubiera podido el actor ser holgadamente padre de su biógrafo, y contando, además de sus propias observaciones, con las que á su diligencia suministraron documentos auténticos y recientes tradiciones, pudo darnos y nos dió con efecto en pocas páginas cuantas noticias pudiéramos apetecer acerca de aquel distinguido artista, noticias cuya exactitud confirman nuestros vagos recuerdos y los no inciertos de personas coetáneas de Maiquez, que ó viven todavia, ó acerca de él dejaron no há muchos años consignada su opinion, bien de palabra, bien por escrito.

Como la vida privada de nuestro eminente actor estuvo muy ligada con la artística, y todo interesa en personas de mérito superior, daremos simultáneamente el epitome de una y otra.

Hijo del ejercicio, nació Maiquez en Cartagena el día 17 de marzo de 1768, y siguió á su padre, actor mediano, en la vida sobrado ambulante de que pocos de esta profesion pueden excusarse y menos pudieron

hacerlo en aquella época. Así criado, no es de admirar que su educación fuese sumamente descuidada. Aprendió las primeras letras, y abandonado luego á sí mismo, toda su instrucción se redujo á la muy embrollada y superficial que pudo adquirir leyendo desde su niñez cuantas comedias pudo haber á las manos; y ¡cosa singular! su padre, con ser cómico, no quiso que lo fuese el joven Isidoro; ni le disponía para que pudiese ganarse de otro modo la vida; ni procuraba perfeccionarle en el oficio de pasamanero, que uno y otro ejercieron antes y que sin duda por serles improductivo lo abandonaron. Maiquez, cuya vocación fué no menos precoz que decidida, se ingeniaba como podía para introducirse en el teatro contra el expreso mandato de su padre. Una de las trazas de que se valió fué la de dedicarse á conducir sillar para los palcos: así, con mas ó menos holgura y comodidad, veía todas las funciones, así fortalecía su pronunciada afición, y en los mismos aposentos, ó por los pasillos y otras dependencias, iba insensiblemente formando el copioso caudal de observaciones propias y ajenas que tan útil le había de ser en lo sucesivo. Convencido al fin el padre de que era tan inútil como poco justificada su resistencia, no solo consintió al fin en que saliese á las tablas, sino que él mismo le ensayó el papel con que se presentó en ellas.

El pueblo de Cartagena, donde Isidoro hizo su primer ensayo, no le acogió con benevolencia; y lo peor es, que aquí no encaja lo de que nadie es profeta en su patria, pues el neófito no fué mas afortunado en Málaga y en otros puntos. Confesando él mismo ingenuamente la infelicidad de sus primeras campañas, contaba haber sido tan mal recibido en Toledo, representando el papel del morazo *Tarfe* en la desatinada aunque siempre popular comedia *El triunfo del Ave Maria*, que sin concluir la función hubo de fugarse mohino y desalentado, no solo del teatro, sino de la ciudad, no parando hasta Madrid, adonde llegó sin desnudarse del ropaje sarraceno que vestía cuando fué saludado con una grito estrepitosa.

Esta serie de desgracias, que hubiera desanimado á cualquiera no dotado del tesoro genial de Maiquez, se atribuía entonces á su falta de instrucción, á su inexperiencia, ó acaso á lo oscuro de su voz, y á lo poco que *accionaba*. Así opinaban los que mas propendían á la indulgencia, prendados de su aventajada talla y bella cuanto

expresiva y simpática fisonomía. Examinemos el fundamento de este juicio. Que Maiquez no era hombre instruido, dicho queda; pero sus compañeros ¿eran en general menos ignorantes que él? De inexperiencia adolecería precisamente en sus principios, pero no tanto como los que no habían como él mamado, por decirlo así, la vida escénica; y si por experiencia se entendía cierto aplomo, cierta seguridad y soltura para ejecutar como por propia inspiración las prácticas recibidas, estamos firmemente persuadidos de que faltaba á ellas por convicción propia, ó instintivamente las repugnaba su buen talento, como contrarias á la filosofía del arte: así, pues, no era de extrañar y á mérito se le debió tener que no prodigase ni la salmodia obligada, ni los gritos desahorados, vinieran ó no á cuento, ni el incasante manoteo de los que estaban habituados á ganar con su trabajo *corporal* los aplausos que al mal juzgado cartaginés tanto se escatimaban. Por último, cierto es que su voz no era de un timbre perfecto, pero luego que logró vencer las prevenciones que había contra él, nadie le prestó nuevos órganos para conmovir con su mágica palabra á los espectadores. Digámoslo de una vez, á Maiquez le faltaba un público capaz de apreciarle en lo mucho que valía; y reservado le estaba el lauro de extirpar sus preocupaciones y resabios; que los públicos se resabían tambien; mas para lograr su objeto, si ya lo tenía, ó para obedecer aun sin designio á la ley de su destino, le faltaban en aquel primer período de su carrera dos requisitos indispensables; que el mismo público depusiese la animosidad con que le trataba, y ocupar en las compañías un puesto que le diese mayor ascendiente, y le facilitase desempeñar papeles de importancia y lucimiento. Ni aun esto bastaba, mientras no lograrse trabajar en la corte, porque entonces como ahora, en ella perecía ó se sancionaba la reputación adquirida por los actores en la provincias.

Con el tiempo llegó á ser Maiquez, sinó muy aplaudido, á lo menos tolerado, y ya pudo ingresar en una de las compañías de Madrid por el año de 1791. Aunque solo se le ajustó como *parte de por medio*, ya su acogida hubo de ser mas lisonjera; y esto sucedió, ó porque el público se iba acostumbando á su manera de representar, ó acaso porque reservándose Isidoro plantearla mas resueltamente en mejores dias, hubo de contemporizar algo con el sistema vigente. La cierto es que á los dos años, en

1793, ascendió á *sobresaliente*; esto es, suplente de galan en ciertos casos y encargado habitualmente de los papeles de fuerza y pasión, pero poco simpáticos en lo moral; de los *traidores*, como dice *Pipí* en *El Café*. Quizá desde entonces comenzó Maiquez á preferir el género trágico, para el cual sus ordinarias tareas en cierto modo le preparaban. Pero la misma odiosidad de los caracteres que en mayor número representaba, y la insignificancia de otros, añadían desventajas á la lucha desigual que sostenía con los galanes, y tampoco adelantó gran cosa en dicho año su reputación artística. En el de 94 no pudo ó no quiso ajustarse en Madrid; y pasó á Granada en clase de primer galan, esperando que, puesto ya en esta jerarquía, volvería con ella á la corte en 1795. No hubo forma de conseguirlo; ocupó de nuevo la plaza oficial de *sobresaliente*, aunque sin duda ya lo sería en la mas genuina acepción de la palabra. Esta vez ya logró, sin embargo, hacerse aplaudir, y muy señaladamente, en la comedia de *El Pastelero de Madrigal*, en cuyo repartimiento le cupo el papel del protagonista, sin duda porque el galan no sospechó el mucho partido que de aquel carácter podía sacar un actor inteligente. La situación del artista había dejado de ser amarga, y aun hasta cierto punto podía llamarse satisfactoria; pero no acababa de dominar al auditorio, porque nadie ni nada le ayudaba á desenvolver sus grandes facultades: no los cómicos, porque marchando por tan distinto si no opuesto camino, entre ellos y nuestro héroe había de resaltar la consiguiente disonancia, y á él se le había de echar la culpa; no las comedias, porque ni abundaban las que podían contribuir á que él ostentase su don de imitación, ni él influía en su adquisición y repartimiento; no el gobierno, porque poco ó nada se cuidaba del teatro; no, en fin, el público, porque damas remilgadas y galanes medio antifoneros y medio gladiadores le tenían sorbido el seso. Otros tres años pasaron antes que arribase al suspirado puesto de galan de la corte, y aun esto no fué en Madrid, sino en los sitios reales, porque las puertas del teatro del Príncipe no se le franquearon como primer actor, jefe y director de la compañía, hasta 1799. Ya cogía algun fruto de sus afanes y de su constancia; ya podía, con menos obstáculos, desenvolver sus principios y conocimientos prácticos. Todavía le acusaban de *frio* muchos espectadores recalcitrantes,

á quienes pocos años despues había de aterrar con un acento y estremecer con una mirada, aunque ya nadie le disputaba las dotes de actor inteligente y hábil director de escena. No era obra de un dia la reforma que ya seriamente proyectaba nuestro actor. Había conquistado una posición conveniente para llevarla á cabo; el público se iba amoldando á sus ideas y podía contar con la seguridad de hacerlo completamente suyo cuando quisiera; pero le faltaba otra base no menos esencial para su grande obra, un repertorio propio; y ni eran aptos para formárselo cual convenían los desdichados autores que entonces abastecían la escena, ni de pronto podía sacarlo del teatro antiguo, que todavía es el que estaba mas en juego. Mas adelante lo supo utilizar Isidoro, como lo veremos, con gloria suya y de los insignes poetas á quienes dió nueva vida; pero no podía gustar de los papeles de galan que estaban en lista y cuyos caracteres, acciones y discursos eran generalmente tan lindos y brillantes y seductores como se quiera, pero poco fundados en la concienzuda observación de la naturaleza y de la sociedad; ó bien la altivez genial del actor y acaso su propia organización física no se avenían mucho á aquella fria y sistemática esgrima de conceptuosas filigranas. Maiquez buscaba con ansia la verdad teatral y sabía el camino de encontrarla, pero no podía él solo desembarazarlo de tanta maleza como lo obstruía. Con todo, bastábale á sí mismo para realizar aunque lentamente la regeneración; ó, mejor dicho, la fundación de la declamación española; pero verdadero artista y capaz como tal de imponerse los mayores sacrificios por el bien del arte que cultivaba; con la conciencia de su no ordinaria aptitud, pero muy distante de la necia presunción que muy fácilmente se apodera de ciertas medianías, por poco que el aura popular las lisonjee, echó de ver que, en especial para la dirección de escena, le faltaban conocimientos que en los teatros de España no había podido adquirir; sabía cuán superiores eran en este como en otros puntos los de Francia; la fama del memorable Talma había salvado ya la valla de los Pirineos; Maiquez, que había estudiado la lengua francesa, veía que los periódicos de aquella nación alababan en su actor predilecto las mismas dotes de que el nuestro blasonaba. Anhelaba, pues, observar por sí mismo cómo se servía y administraba el teatro

francés, hasta qué punto eran sus prácticas y doctrinas adaptables al español, si reconocía en efecto los mimos principios que la suya la escuela de Talma, y si en lo accesorio, ya que no en lo sustancial, podía aprender algo, como ingenuamente presumía, de quien, mas favorecido por todo género de circunstancias, le había precedido y superado en nombradía.

Tomada tan laudable resolución, no era Maiquez hombre de arredrarse en presencia de los muchos obstáculos que la dificultaban. En su mismo generoso designio, y en las privaciones y hasta humillaciones á que forzosamente se había de sujetar para llevarlo á feliz término, evidenció Maiquez que no era su carácter tan soberbio y vanaglorioso como compañeros suyos, animados de baja envidia, no de noble emulación, lo pintaban. No bastándole para costear su residencia en París sus escasos ahorros, ni los viente duros mensuales con que le socorrió el duque de la Alcudia, y poco tiempo disfrutó, vendió algunas alhajas de su uso, su vestuario de actor que, probablemente harto reducido como el de todos en aquel tiempo, no valdría gran cosa; y por último, sacó del fondo de jubilaciones lo que tenía en él depositado, renunciando hasta á la esperanza de asegurar un pedazo de pan para cuando los años ó los achaques le retirasen de la escena; rasgo que nos autoriza á llamarle el *Hernán Cortés* del teatro español. También recibió algunos auxilios de la condesa de Benavente y de su mujer la actriz Antonia Prado.

Como no pudo presentarse con cierto boato, de que en todas partes y en Francia particularmente se hace mas aprecio que de las cualidades intrínsecas de las personas, al principio hubo de contentarse con ver las representaciones entre bastidores, que no era poca mortificación para hombre de aquel temple y de tal valía; luego, mas relacionado, pudo cómodamente estudiar á Talma, su ídolo, y á los demás actores y actrices franceses de primer orden.

Del fruto que sacó de sus observaciones y del juicio tan acertado como imparcial que los artistas franceses le merecieron, nos da cabal idea el opúsculo del señor Revilla en los párrafos que copiamos á continuación.

« Varios españoles que á la sazón se hallaban en París, entre ellos don José María de Carnerero, le facilitaron las relaciones necesarias y hasta íntimas con Talma, Pi-

card, y otras personas notables de aquel tiempo, y de las cuales supo diestramente aprovecharse. La grandiosidad y sublime expresión de Talma; la fuerza y vehemencia de Lafond; la delicadeza de Madlle. Mars; la dignidad de Madlle. Georges; la energía de Madlle. Duchesnois; la naturalidad de Clauzel, todo llamó y fijó su atención, y de todo cuanto halló digno en estos célebres actores se propuso formar un modelo ideal, un tipo constante de su ejecución escénica. Así lo escribía á sus amigos, hablando con toda imparcialidad, y con aquel criterio seguro que tanto le distinguió siempre, acerca del mérito artístico de aquellos, ensalzando hasta lo sumo el estado de prosperidad y grandeza en que halló los teatros franceses, superior á todo lo que su imaginación pudiera haberle representado como mas perfecto en su género, y encareciendo en particular el efecto maravilloso que habían producido en su alma las primeras representaciones que vió en París.

« A este propósito refirió á uno de sus amigos en cierta ocasion, que apenas llegó á aquella córte fué á ver ejecutar á Talma el papel de *Hamlet* en la tragedia de este nombre, y tan extraordinaria sensación experimentó al llegar la escena en que el protagonista intenta asesinar á su madre, que por un movimiento involuntario se levantó de la luneta creyendo que brotaban sangre sus ojos, porque todo cuanto veía le pareció de color de sangre; y en fin, que entusiasmado por la prodigiosa ejecución de aquel artista admirable, exclamó fuera de sí: *¡Y soy yo el primer actor en Madrid estando este hombre en el mundo!*

« Talma en lo trágico, y Clauzel en lo cómico, fueron sus principales modelos, sin copiarlos servilmente como algunos han creído: si así lo hubiera hecho, jamás habría alcanzado aquel mérito superior que le hizo inimitable. Tenía Maiquez demasiado talento para engañarse hasta el punto de creer que todos los medios de expresión son aplicables á todos los países, y mucho orgullo para contentarse con el mezquino título de copiante. Persuadido íntimamente de que un artista para ser grande ha de ser original, y que la simple imitación de maneras en el arte que profesaba, no solo es insuficiente para el objeto, sino también un testimonio irrecusable de la impericia y falta de recursos morales del actor, procuró precaverse con sumo cuidado del contagio, para evitar el

des crédito en que han caído cuantos han llegado á creer de buena fé que una simple copia de los actores franceses debía necesariamente agradar á espectadores españoles. »

Así lo acreditó prácticamente, añadimos nosotros, y no podía menos de ser así. Maiquez llevó á París, y quizá mas en sazón de lo que él mismo creía, el germen de lo que en tiempo no lejano había de ser: cada primor del arte confirmaba en su ánimo una idea innata, cada fórmula un principio, y todas ellas un cuerpo de doctrina, que si á él propio le sorprendió agradablemente, fué sin duda, no tanto por el atractivo de la novedad, como porque la experiencia acreditaba victoriosamente lo exacto de su sistema, allí perfeccionado, pero no aprendido.

En adelante fueron frecuentes y siempre cordiales las relaciones entre aquellos dos actores eminentes, y al paso que Maiquez, con una modestia que mucho le honraba, pretendía deber á Talma toda su celebridad, el gran trágico francés se complacía en manifestar que, si bien maestro de tan excelente discípulo, se confesaba inferior á él en los papeles de *Oscar* y *Otelo*.

A principios de 1801, despues de año y medio de residencia en París, regresó Maiquez á la capital de España con gran copia de nociones artísticas, de importantes proyectos, y de risueñas esperanzas; pero desprovisto de todo recurso. Merced al favorito, que le acogió de nuevo y con mas eficacia bajo su protección, y á lo que ya esperaba el público del interesante viajero, logró superar los obstáculos de toda especie que sus descastados compañeros le suscitaban, y lo hizo arrojando con denuedo una dificultad mayor en la apariencia que todas las demás, pues á falta de veteranos que quisieran asociarse á su buena ó mala fortuna, porque sin duda el vulgo histriónico la juzgó muy problemática, organizó una compañía de principiantes y aficionados, á cuya cabeza abrió el teatro de los Caños del Peral en junio del mismo año. No era, sin embargo, tan arriesgada la empresa como parecía. Hombre tan experimentado y de tanto talento como Maiquez, y que tantas pruebas de abnegación y fortaleza tenía dadas, no por una pueril impaciencia, ni aun por la necesidad de ganar su sustento, se hubiera expuesto á malograr todos sus sacrificios con una tentativa de éxito dudoso. Para salir airoso de ella contaba en primer lugar con el ascendiente

de su genio, con el atractivo de las novedades que iba á introducir en la escena, aunque en pequeña escala, y con la docilidad de asociados que iban á deberle una reputación y un porvenir, y si no llevaban al fondo social una suma de aplausos mal ó bien ganada á los mosqueteros, ni aquella clientela de café y de corrillos que nunca falta á cómicos de cierta categoría, tampoco adolecían de inveterados resabios, y al menos se ahorra la impropia faena de hacérselos desechar. Antes de presentarse al público con aquella bisoña milicia, es de suponer que la aleccionó una y cien veces, y sin agravio de ella, porque nadie nace enseñado, presumimos que no sudaría, juraría y patearía poco aquel apóstol de la verdadera doctrina teatral.

La compañía se inauguró con *El Zeloso confundido*, comedia traducida del francés; todos los actores fueron perfectamente acogidos, y Maiquez con un entusiasmo desconocido hasta entonces en nuestros fastos teatrales. Data desde aquel día la larga y nunca interrumpida serie de triunfos que largamente remuneraron á Isidoro de los pasados contratiempos y sinsabores, y de los que aun habian de acibarar la no larga existencia de aquel hombre extraordinario. El público que observó mayor decoro y propiedad en el servicio de la escena, mas amenidad en la alternativa de las funciones, y el celo, la disciplina con que todos y cada uno de los actores se esmeraban por dar á la representación el agradable conjunto sin el cual de poco sirven los esfuerzos individuales, reconoció que con Maiquez no solo había adquirido un actor que tanto descolaba sobre los de su tiempo, sino un ingenioso y activo director del mas culto de los espectáculos... ¿Para qué es cansarnos? Reconoció deberle el *arte verdadero*, en lugar del mentido simulacro que usurpaba sus fueros.

Cerca de cuatro años gozó en paz el digno reformador de su creciente celebridad, pero la envidia trabajaba á la zapa para minar la eminencia en que había sabido colocarse á despechos de ruines enemigos; y de tan sordos manejos á que, lo decimos con dolor, no fueron extraños algunos de los comediantes que todo se lo debían, apenas se apercibió Maiquez hasta el momento de la explosión. A fuerza de intrigas le hicieron perder el favor del favorito, sin el cual todo era entonces efímero y precario en nuestra degradada monarquía; Maiquez no hubo de resignarse para recobrar la pérdida